

ella, ser de Dios y para Dios, y repetir con el corazón y con la boca: Padre mío, en tus manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum....*

Nosotros no tenemos como Jesús el privilegio de morir libremente. Ni el tiempo, ni el lugar, ni el género de muerte depende de nuestra voluntad. La justicia de Dios nos la envía cuando le place y como le place, nosotros no hacemos más que sufrirla, sin poder suspender su golpe, ni retardarlo un solo instante. Nuestra muerte, en el decreto de Dios que la estableció, no es otra cosa que un castigo impuesto á nuestra desobediencia. Mas supuesto que nuestro Redentor, al inclinar la cabeza ante la muerte, se sujetó á ella por obediencia y la aceptó libremente, varió por este mismo hecho la condición de la muerte, respecto á aquellos que se aplican el fruto de la suya. Esta es la causa porque se vé aun á los más tímidos y más débiles de entre los verdaderos fieles, á pesar de la repugnancia que tienen á la muerte, inclinar su cabeza, como una señal de su humilde resignación, y entregar voluntariamente á Dios la vida que de él han recibido. Así, pues, el verdadero cristiano cuando muere no es un criminal que sufre una pena á que ha sido condenado, sino un sacerdote que ofrece á Dios un sacrificio voluntario y la ofrenda meritoria de su propia vida en unión á la de Jesucristo. Es un navegante que se refugia en el puerto; es un desterrado que vuelve á su patria; es un peregrino que vuelve á tomar el camino de su casa; es una esposa que sale al encuentro á su esposo; es un hijo que se duerme tranquilo en el seno de su madre. Por consiguiente, Jesucristo, con este movimiento misterioso, ha borrado el oprobio de nuestra muerte; ha disminuido su dolor; y de la pena más terrible y más repugnante á la naturaleza humana, ha hecho una rica recompensa, y por decirlo así, una pascua, ó en otros términos, un tránsito deseado, un venturoso viaje, un dulce sueño y una redención preciosa: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus....*

No nos hagamos ilusión, hermanos míos: el valor y la

indiferencia que los pecadores endurecidos, los impíos y los incrédulos manifiestan algunas veces en el momento de la muerte, no es otra cosa que el terror de la desesperación, un odio frío de sí mismos, oculto bajo la máscara de una calma afectada. Al verles se diría que su semblante está sereno, pero el espanto está en su corazón; ellos se parecen á esos mares cuyo fondo está tanto más agitado por corrientes opuestas, cuanto más tranquila está su superficie. (*Is. 57.*) ¡Ay! ¡mas les valiera temblar en esa hora suprema, que manifestar una calma tan espantosa y tan funesta! El verdadero valor, la verdadera confianza del cristiano en el momento de su muerte es el fruto de la inocencia ó de la penitencia de su vida. La paz verdadera nace entonces de la humilde fé en la verdadera religión, y no de las opiniones flotantes de la filosofía humana. La muerte del pecador, del enemigo de Dios, del blasfemador, del apóstata de la fé y de la ley de Dios, sean cualquiera las apariencias, es siempre funesta: *Mors peccatorum pessima*. Sola la muerte de los justos, de los fieles, de los santos, es verdaderamente dulce y feliz, porque recibe el verdadero valor y los verdaderos consuelos del misterio de la muerte de Jesucristo, y aunque algunas veces parece dolorosa y humillante al juicio de los hombres, es siempre preciosa á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus....*

P. Félix.

La gran figura que en los momentos actuales atrae con justicia la atención y las miradas del mundo católico bajo el punto de vista de nuestros estudios, es el P. Félix, orador ilustre á quien no ha mucho hemos tenido ocasión de oír en el magnífico templo de Santo Tomás de esta corte, y que continúa sus tareas evangélicas con grandísima gloria suya y frutos ópimos en bien de la moral pública y las costumbres.

El principal motivo de la fama que ha sabido conquistarse este predicador ilustre, es, á nuestro juicio, la *oportunidad de sus Conferencias*: sus discursos se dirigen á la época, al siglo en que vivimos: adopta por tema un alto principio filosófico, se apodera de una idea elevada y la desenvuelve siempre con acierto, la lleva á sus últimas consecuencias, y haciéndola venir al dogma cristiano, demuestra que si es grande un principio, si es fecunda una teoría, si es trascendental una doctrina, ha de partir del catolicismo, unirse al catolicismo y aceptar la forma católica, porque todo lo digno y levantado parte de ese principio regenerador del hombre y salvador de las sociedades modernas.

La idea del progreso, tan combatida por unos como exageradamente concebida por otros, la de la libertad, la de la fraternidad universal, la del poder, la del gobierno, la del libre albedrío, la de la ciencia, la de la crítica.... todas estas últimas cuestiones han sido traídas oportunamente por el P. Félix al discurso cristiano, ante un auditorio numeroso, en la ciudad donde se agitan todas las escuelas, todos los sistemas y todas las teorías.

Las Conferencias del P. Félix, como las de Lacordaire, las de Ravignan y el P. Ventura no son en realidad la expresión *única* de la predicación cristiana en el siglo XIX; estos discursos, como dice el mismo orador que nos ocupa, se han hecho espresamente para el auditorio de las grandes basílicas, responden á una necesidad nueva, y adoptan por lo mismo una forma nueva, que no es la ordinaria del sermón. El pulpito de la catedral, elevado por el Ilmo. Sr. de Quelen, es una apología del Cristianismo en presencia de ciertos hombres, que sin dejar de vivir entre los fieles, no sienten, ni creen como los

fieles. Entre nosotros no habia antes esta clase de hombres; hoy componen una fracción respetable, y que no merece el olvido y la excesiva confianza del sacerdocio. Por eso creemos que los discursos de los últimos oradores de que nos venimos ocupando deben ser por la juventud atentamente estudiados.

Por la especialidad de las materias que tratan, por las cuestiones á que dan solución, por la índole de los tiempos actuales, por el auditorio, en fin, que les escucha, el P. Félix y sus dignos predecesores se han separado del camino seguido antes, y adoptado la forma *académica* en la predicación; forma filosófica, trascendental, profunda, doctrinal, y cuyas tendencias revelan un conocimiento profundo de las necesidades que por todos se dejan sentir dentro de la sociedad cristiana, aunque no por todos se reconozcan y confiesen.

En vano trataríamos en este momento de dar una idea de todo el mérito de las Conferencias del P. Félix; semejante empeño no cabe dentro de los estrechos límites del capítulo de un libro, era preciso destinar á esto un trabajo especial que no sería inoportuno.

No solo el fondo y la doctrina, sino el estilo y la acción, todo contribuye á dar al P. Félix un carácter especialísimo, que solo habiéndole oído se concibe, y que despues de oírle no se puede explicar; por esto creemos escusado cuanto pudiéramos añadir.

Tampoco es fácil escoger trozos entre sus trabajos oratorios: todos son dignos de figurar como modelos de bien decir, todos encierran un gran mérito y nos colocarían en difícil situación siuviésemos precisión de justificar su elección. Transcribiremos algunos sin temor de equivocarnos, y habremos tributado este nuevo homenaje al célebre maestro que al hon-

rar nuestro suelo tuvo frases lisonjeras para España y los españoles, llamándonos con razon afortunados, porque con raras excepciones poseíamos casi íntegro el depósito sagrado de la fé, de las costumbres y las creencias de nuestros mayores.

PUNTO DE PARTIDA DEL PROGRESO.

«...El Cristianismo define con una precision divina el origen del hombre, y fija con una certeza que no permite contradiccion el punto de partida del progreso humano. Bien sé que la teologia cristiana deja detrás de la cuna del hombre anchas aberturas y perspectivas profundas, por las que el genio de la exploracion, guiado por la esperiencia, la razon y la fé, puede lanzarse con vuelo libre al descubrimiento de los orígenes anteriores á la creacion de nuestro linaje; y en esta parte los Padres de la Iglesia han precedido á vuestros exploradores mas atrevidos. Pero no es esta la cuestion: se trata de la creacion del hombre y de la ley de su vida: se trata de su principio y de su primer paso en la carrera que le abrió en los siglos la voluntad del Criador. Ahora bien, el Cristianismo afirma aquí, como punto de partida, la *Creacion*; pero una creacion claramente dogmatizada, la sola creacion verdaderamente filosófica y verdaderamente popular: *El hombre criado de la nada por la accion libre de Dios*.

...Para completar la revelacion del misterio del origen, el Cristianismo añade á la palabra *Creacion* esta otra: la *Caida*; palabra luminosa, sin la cual nunca entenderéis nada, ni en la doctrina, ni en la ley, ni en las condiciones, ni en la historia del progreso; la caida del hombre, misterio que solo él esplica tantos misterios; *punto oscuro, sin el cual*, segun el dicho ingenioso de un escritor, *no hay luz en ninguna parte*... El hombre ha caido porque ha querido caer. Elevado tan alto por los dones de Dios dos veces liberal para con él, ha querido subir aun mas alto, y ha caido bajo el golpe de un

castigo doblemente merecido. Por esta puerta abierta de una prevaricacion, única, pero solidaria, ha entrado el mal en la naturaleza humana. Por un solo hombre, dice San Pablo, ha entrado el pecado en este mundo, y con el pecado la muerte. *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit.*

De este modo el germen de la muerte fué inoculado á todo el linaje humano, y con el germen de la muerte el principio de todas las decadencias. Como efecto de la caida se desencadenó en el hombre la *concupiscencia*, es decir, todas las pasiones contrarias á su fin; fuerza terrible, una y colectiva al mismo tiempo, que iba á conspirar en el hombre contra el hombre, para arrastrarle á su ruina. Bajo el impulso de esta fuerza enemiga que ha tomado asiento en el centro mismo de su vida, está el hombre sometido á los arrebatos y seducciones de sus pasiones desencadenadas contra él: *Unusquisque tentatur à concupiscentia sua, abstractus et illectus*, esta concupiscencia engendra el pecado, y el pecado la muerte: *Concupiscentia parit peccatum; peccatum verò, cum consummatum fuerit, generat mortem*. Entre estos dos términos, á saber, la vida de donde el hombre ha caido y la muerte adonde el pecado le arrastra, hay la formidable propension hácia toda decadencia. Criado el hombre en el primer plan de la Providencia para subir hasta la posesion de lo infinito, podrá, si nada le detiene, ir rodando de caida en caida hasta la eterna separacion de lo infinito.

Tal es el segundo dogma que pone el Cristianismo en la cuna del hombre para iluminar el punto de partida del progreso humano. Con esta palabra, la *Caida* primitiva, la decadencia humana, y para hablar como la Iglesia, el *pecado original*, resuelve todos los grandes problemas relativos á la doctrina del progreso. Una vez puesto este dogma en la cuna del hombre, se desvanece la teoría del progreso fatal lo mismo que una sombra á los rayos de la luz. Aun en el estado de justicia y bajo el manejo fácil de sus potencias que funciona-

ban con órden, nunca ha marchado fatalmente el hombre en la via del progreso. Viviendo de la vida sobrenatural, participando por la gracia de la vida misma de Dios, el hombre ha podido caer; él cayó en efecto de la vida divina; y por una caída libre y consentida se ha echado él mismo en la pendiente de la decadencia. ¿Cómo, pues, podría llevar en sí mismo la ley de un progreso fatal y de un perfeccionamiento necesario, en virtud del rechazo de su caída y bajo el peso que él mismo se ha puesto sobre sí? Perezca para siempre jamás la doctrina del progreso fatal: á esa filosofía, cuyo resultado en la historia no es otro que consagrar todas las derrotas y divinizar todos los buenos sucesos, el dogma de la caída le ha herido de muerte; y ella no se levantará nunca mas, si no es para caer al momento bajo el anatema de los pueblos y los rayos de la Iglesia, es decir, bajo el golpe vengador de la misma verdad. El dogma católico, presentándose con su simplicidad divina, dá heridas mortales á los sistemas que alteran ó destruyen la noción del progreso humano, porque desconocen las verdaderas leyes de la humanidad desconociendo la caída del hombre. Delante de la libertad de la caída, no puede subsistir la fatalidad del progreso.

...La *Reparacion*, tal es la tercera palabra reveladora, con la cual nuestra doctrina explica divinamente el punto de partida del progreso humano... La obra de Dios está rota, su primer plan está desbaratado; pero el plan divino se volverá á seguir, Dios reparará su obra. Apenas habia visto el hombre caer la maldición sobre su crimen, cuando una bendición descendía sobre su desgracia. Satanás ha vencido: él triunfa en la caída que acaba de verificarse y en la decadencia que toma ya su curso. Adán y Eva caen, y con ellos todo el linaje humano, arrastrado por esta caída hácia una decadencia que amenaza llegar hasta la ruina. Pero Satanás será vencido á su turno. Un nuevo Adán y una nueva Eva detendrán la humanidad que se cae; y por medio de una fuerza divina la harán subir otra vez hácia aquel destino perdido que Dios les hace es-

perar y al mismo tiempo les promete. La cabeza de la serpiente será destrozada, la fuerza enemiga será reprimida, la humanidad será restaurada. El reparador vendrá. La prevaricación de uno solo ha precipitado la humanidad; el mérito de uno solo volverá á levantarla. Así como ha reinado el pecado para dar la muerte y empujar á la decadencia, también reinará la gracia por la justicia, y restaurará en el hombre con la vida eterna su progreso del tiempo por Jesucristo Nuestro Señor: *Ut sicut regnavit peccatum in mortem, ita et gratia regnet per justitiam in vitam æternam, per Jesum Christum Dominum nostrum*. Así la vida de Dios restaurada en el hombre por el Hombre-Dios, mediador entre el uno y el otro y reparador del desastre primitivo, tal es el punto de partida definitivo que el Cristianismo establece para el verdadero progreso de la humanidad. Su término será la eternidad, pero su marcha será en el tiempo, y Jesucristo será su camino, su verdad y su vida....»

#### TÉRMINO DEL PROGRESO.

«...¿Quereis apaciguar en mi alma ese murmullo de la contradicción? definid mi destino, y decid al mostrármelo: Hélo aquí. Porque lo que yo ambiciono como fin de mi vida, no es un fantasma que yo tengo vocación de perseguir sin poder alcanzarlo, aunque ese fantasma fuese divino, aunque fuese la sombra de lo infinito. Lo que yo persigo con mis deseos no es una perspectiva eternamente engañadora, dentro de la cual aquel infinito que yo hubiera entrevisto de lejos, se ocultara siempre sin dejarse nunca coger: lo que yo deseo con tanta ansia y conmigo todos los siglos, no es un viaje eterno á través de mundos que están perpétuamente cambiando: en fin, aquello por lo que yo suspiro y suspira toda la humanidad, no es una gravitación de mi alma hácia un centro que eternamente retrocede delante de mí. Lo que necesita mi ambición, lo que necesitan mis deseos y todas mis solicitudes en esta

vida, ¡ah! yo voy á deciroslo: es el término en donde uno se detiene para no viajar mas; es el centro en donde uno descansa para no agitarse mas; es la union en la que uno se abraza para no separarse mas.

Mi vida es un viaje, sí; pero viajero del tiempo, llevo en el camino la ambicion de llegar un dia á un término para siempre estable y definitivo. Mi vida es una agitacion, sí; pero llevo en el fondo de esta agitacion la necesidad del reposo; y tal es la situacion de mi alma trastornada por tantos vaivenes y conmovida por tantos sacudimientos, que en medio de sus dias tan agitados en la tierra conserva la esperanza de un dia eternamente tranquilo. Mi vida es una separacion, cada uno de mis pasos es para mí como una despedida, y hasta mis progresos son desgarradores; y sin embargo, en medio de las inevitables separaciones, que son las heridas de toda mi vida, siento un no sé qué, que me grita del fondo mismo de mis heridas. La union debe venir, y nada será capaz de romperla; la hora debe sonar, en que el hombre en su indisoluble enlace con el destino esclamará: Este es el fin, este es el término, el reposo, la union: detengámonos, descansenos, abracémonos, y que sea para siempre.

...El hombre criado por Dios debe volver á Dios: debe ir en pos de él; pero debe alcanzarle, porque solo Dios es su fin, como es su principio, y porque es su principio. Creando Dios al hombre por un acto libre, y diciéndole: *Anda*, esta es la carrera que se abre, es el Alfa del progreso. El hombre que alcanza á Dios, y le abraza en un eterno arrobamiento, exclamando: *Ya le he encontrado*, esta es la carrera que se cierra, es la Omega del progreso. El progreso que comienza por la accion libre de Dios creando en el hombre una capacidad de lo infinito; el progreso que se completa por el don que lo infinito hace de sí mismo al hombre, colmando él solo la capacidad que solo él ha podido crear: tales son los dos términos que se corresponden y sostienen el uno al otro como los dos botareles del edificio del progreso...»

### CONCLUSION.

Antes de dar por terminado este libro y con él la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA, debemos decir dos palabras sobre el estado de la oratoria del púlpito en general durante el período que nos ocupa, completando por este medio el cuadro que dejamos trazado de las vicisitudes de ese arte sublime divinizado por la religion y á la cual debe sus mas legitimos y mas gloriosos triunfos.

En casi todos los pueblos, la elocucion sagrada ha adoptado mas ó menos francamente la nueva forma de que hemos hablado en los capítulos anteriores: en todas partes se ha comprendido que las necesidades de la Iglesia, el estado de las costumbres y la agitacion del espíritu requerian un especial estilo por parte de los maestros de la verdad. Los nombres de Newman y el Cardenal Wisseman figuran en primera linea fuera de España, y entre nosotros desde los años 20 al 23 hasta nuestros dias no han escaseado célebres predicadores cuyos nombres no vacilaremos en recordar, siquiera nada digamos especialmente acerca de sus discursos.

El Dr. D. Nicolás Heredero, catedrático de elocucion de la Universidad y Cura Párroco de Santa María de Alcalá de Henares; el P. Laso y el P. Oñoro, del oratorio de San Felipe Neri de la misma ciudad; el P. Fortea, Agustino de San Felipe el Real de Madrid; D. Antonio Garcia Bermejo, capellan de honor; el P. Salvador, carmelita descalzo; los PP. Montemayor, Puyal, Gil y Carasa; D. Ramon Garcia, dignidad de la Santa Iglesia Ca-

tedral de Valencia; D. Bienvenido Monzon, Obispo de Santo Domingo; los SS. Marina, Catrillo, Paje, Villanueva, Rubin de Celis, D. Juan Gonzalez, el Señor Posada, Obispo de Sigüenza, Don Marcos Aniano Gonzalez, D. José Valles, el Señor Cascallana, D. Juan de Dios Cruz, los SS. Monescillo, Arenas, Troncoso, Cruz (D. Ciriaco), Hernandez Fraile, Montes, Castro (D. Fernando), Muñoz Garnica, el P. Cumplido, Medina, Cafranga, Pulido, Rodrigo y otros muchos cuyos trabajos oratorios nos son conocidos, y de cuya predicacion se ha hecho grandes y merecidos elogios, han contribuido eficazmente al renacimiento del buen gusto, y muchos de ellos aun viven y pueden dar todavía muestras de su talento y dotes especiales para la enseñanza católica.

El mismo espíritu que animó á los ministros del santuario á principios de este siglo, animó mas tarde y anima hoy á los que hemos citado, viniendo á demostrar que el reinado de la elocuencia santa no ha concluido, ni concluirá jamás entre los hombres.

Las virtudes del clero son un altísimo ejemplo, ejemplo vivo, elocuente, que desconcierta hasta sus mas implacables enemigos. Los hombres no pueden vivir sin creencias, experimentan constantemente la necesidad de la fé, y de aquí el triunfo seguro y completo de la palabra del sacerdocio. El catolicismo es lo único que permanece; el protestantismo toca á su fin: nuevas heregías y nuevos cismas son casi imposibles; y si no, ¿qué hizo Chatel? ¿qué pasó á los Sansimonianos? manifestaron su impotencia y quedaron en ridículo. El catolicismo brilla cada vez mas y se afianza y se asegura, á pesar de las revoluciones, que parece debian abatirle; todos los medios empleados contra él se convierten en su gloria y en su triunfo; la ciencia

misma que lo habia atacado con furor, sirve para justificarlo y viene á ser el reactivo que paulatinamente reduce á polvo el error y limpia la verdad de las materias estrañas con que las pasiones de los hombres la procuran oscurecer.

Consuelos tan ostensibles no pueden dejar de producir viva sensacion en los ánimos, y convertirse deben en poderosos auxiliares para el orador llamado á defender hoy la Iglesia de Jesucristo.

Ved si no el espectáculo que se ofrece á nuestra vista: contemplad la religion derramando beneficios por todas partes, estendiendo sus dominios hasta los paises mas oscuros é ignorados: á ella se debe la civilizacion, de ella parte el progreso, y no solo lo inicia, sino que lo realiza ante un mundo que pide hechos, que pide pruebas para creer, y que no siempre reconoce el bien que se le hace en medio de sus grandes calamidades y sus trastornos.

La fé renace en los pueblos donde mas se habia amortiguado; un rayo de esperanza nos hace vislumbrar dias mas venturosos para la Iglesia; contribuyamos todos á apresurar el momento dichoso de la regeneracion completa de la humanidad por medio de la fé y la caridad.

Oíd, pueblos, la voz del sacerdocio: y vosotros, jóvenes, que nos habeis seguido hasta aquí, que habeis recogido las grandes lecciones de la historia de la palabra santa, disponeos á hacer de ellas oportuna aplicacion para gloria de la religion y santificacion vuestra.

Reglas de conducta hallareis en el libro que nos hemos atrevido á ofreceros, reglas que serán para todos los tiempos y todas las épocas, porque parten todas de un mismo origen y tienden al mismo fin.

Al terminar la Historia, ejemplo vivo del orador sagrado, nos proponemos completar nuestro trabajo y realizar nuestras ofertas. Si despues de todo acertamos á hacer algo en obsequio de la religion que sinceramente profesamos, á otros dejaremos tranquilos la tarea de completar nuestros propósitos y nobles intenciones.

**FIN DE LA HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA.**

# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Págs.

Censura y aprobacion eclesiástica.

## LIBRO SEGUNDO.

(ÉPOCA SEGUNDA.)

### CAPITULO I.

Consideraciones generales sobre la segunda época de la Elocuencia Cristiana.—Estado general de la oratoria sagrada durante la primera mitad de los siglos medios...	4
San Martin.....	15
Sidonio Apolinar.....	17
Boecio.....	18
Casiodoro.....	25
Facundo, Obispo de Hermian.....	26
San Eloy y Beda.....	27
San Juan Damasceno.....	28
San Andrés de Creta.....	29
Teodulfo.....	30
Rabano Mauro.....	31
Alcuino.....	32